

GUILLERMO SCHMIDHUBER DE LA MORA

Requiem para Henry Crown

Obra en dos tiempos

PERSONAJES

Henry Crown, anciano millonario estadounidense.

Guadalupe o Lupe, joven enfermera de origen mexicano.

Emma, cocinera afroamericana, de seis décadas.

Ruth, mujer madura, sureña, casada con el hijo del primer matrimonio del Millonario.

Penélope, nuera joven, oriunda de Brooklyn, casada con el hijo del segundo matrimonio del millonario.

Lugar: Lujoso apartamento de Henry Crown ubicado en Chicago, la sala-comedor funciona simultáneamente como hospital y cárcel. La puerta de salida es visible. Por varios años su dueño no la ha cruzado para salir a la calle. Una cama de hospital, mueble que es percibido por Henry Crown como un auto deportivo de factura estadounidense y, en las escenas posteriores, como un auto chatarra y un carrito de mercado de un *homeless*. Pudieran los vehículos ser proyectados sobre la cama para invitar al público a jugar con su imaginación. Frente de la cama hay una televisión apagada. No hay otro mobiliario. El primer monólogo de Guadalupe y su monólogo final suceden en México.

Tiempo: Hoy.

Nota. Como se dice en Hollywood, los personajes de esta obra son fruto de la imaginación, mera coincidencia sería cualquier semejanza con una persona histórica.

Escena Primera

Henry Crown deambula con dificultad frente del público; viste pijamas y va descalzo. El anciano levanta el brazo izquierdo en señal de desesperación, mientras se abanica con la mano derecha con una antiguo ejemplar de la revista Time que luce en la portada su propio retrato.

Henry Crown.— ¡Podría morirme y nadie viene! ¡No puedo gritar más!... ¡Antes tenía miedo que la vida no me durara lo suficiente y ahora tengo miedo que me dure demasiado!... ¡Me voy a Detroit, ya no quiero vivir aquí!

El anciano se sienta en la cama e intenta encender el motor del auto imaginario; se escucha el ruido del arranque y el de la partida, sin que nada se mueva. Una brisa hace volar su escasa cabellera como si viajara a gran velocidad. El viejo queda congelado en medio de un movimiento. Entra Guadalupe por la izquierda del público. Viste de calle con sencillez. La enfermera dirige su parlamento al público y no percibe a Henry Crown.

Guadalupe.— Cuando no pienso en nada, la imagen de Henry Crown regresa a mi mente. Lo veo a él con vida, y no sólo eso, sino que todo lo veo como si mis ojos fueran sus ojos... Fui su enfermera. Él era el millonario más afamado de Estados Unidos. ¡Claro que no es lo mismo verlo en plenitud de facultades, digamos, en una junta, que convivir con un anciano olvidado! Insistía en que no dormía en una cama hospitalaria con botones, sino en un auto deportivo de esos que tanto admiraba. Ya no recuerdo si había la cama o era yo quien la soñaba. Ahora todo lo que recuerdo es el auto y su maldito acento gringo. (*Mira al Millonario una vez más y suspira antes de iniciar mutis.*) ¡Henry Crown tuvo todo y perdió todo! Se olvidó de todos, ¡excepto de la cocinera negra que siempre lo acompañó! Aunque como decía mi madre que ¡somos lo mismo desde la cuna al velorio!

Desaparece Guadalupe por donde entró. Crown se desplaza hacia la Televisión; intenta encenderla y se desespera porque no recuerda cómo. Golpea con la palma extendida al aparato.

Henry Crown.— ¡Quiero televisión! (*Sube el volumen de su voz.*) ¡Quiero luz y no quiero silencio! (*Truena los dedos, mira al aparato; inútilmente golpea la tapa sin atinar el botón*

adecuado.) ¡Habla, te lo ordeno! (*Golpea al aparato con más fuerza.*) ¡Obedéceme, odio la insubordinación! (*Con ira intenta destruir el mueble; descubre el cable y se esfuerza por arrancarlo.*) ¡Para que aprendas! ¡Te lo ganaste!

Por el forcejeo se produce una ruidosa chispa eléctrica. El estruendo y su grito han llamado la atención de la cocinera, y ésta entra a escena.

Emma.— ¿Qué pasa? ¡Otra vez con el televisor! ¡Ya van dos que destruye! ¡Cálmese! Antes me llevaba a mi casa los artículos eléctricos en desuso y ahora usted no deja nada.

Henry Crown.— (*Mira a Emma.*) ¡No obedece!

Emma.— (*Conecta nuevamente el cable.*) ¡Listo! (*El sonido de la TV invade la sala. El Millonario intenta sentarse en el suelo a mirar la televisión.*) ¡Súbase a la cama! (*Emma la señala y pierde la paciencia; el viejo no obedece.*) ¡Súbase en su bellissimo auto deportivo! (*Obedece como niño bueno.*) ¡No puede seguir así! (*El millonario ni la escucha ni la ve, solo tiene ojos para la televisión.*) Ha corrido tres enfermeras en un mes. ¡Necesito enfermeras aquí! (*La mujer se interpone entre la televisión y la mirada del Viejo, quien sigue disfrutando de las imágenes.*) ¡Soy Emma French, cocinera de Atlanta, Georgia, no una enfermera! (*El Millonario no puede contener la risa, carcajea.*) ¡Me va a sacar el coraje y cuando estoy enojada...! (*El hombre deja de reír.*) ¡Es un maniático millonario, pero no está loco! (*La cocinera truena los dedos. El Millonario parpadea.*) ¡Ve como no está loco! (*La cocinera palmea.*) ¡Míreme, millonario de mierda! (*Se acerca al viejo y lo palmea suavemente para atraer su atención.*) ¡A mí me tiene que escuchar! Nada he sido para usted, aunque cocinaba para que comiera y no para que me pagara. La Sra. Rebeca me contrató y me entrenó, fue mi guía... casi mi amiga. ¡Y debió de ser su viuda! Pero usted no sólo la sobrevivió, sino que se volvió a casar. ¡Mejor hubiera sido usted el muerto! (*Lo golpea con mayor fuerza.*) ¡Puerco millonario, nunca me podrá despedir, yo lo veré salir de este apartamento con los pies para delante. (*Un timbre eléctrico toca con impertinencia. El viejo reacciona.*) ¡Ahora sí lo oyó! (*Va a la puerta de entrada.*) ¡Debe ser la nueva enfermera! (*Antes de abrir, mira al Millonario.*) ¡Ojalá ésta le dure más, o usted le dure menos!

Emma abre la puerta y en el umbral aparece una enfermera, vestida de impecable blanco y con cofia.

Guadalupe.— Soy la nueva enfermera, me manda la agencia.

Emma.— Entre. (*Lo hace y la puerta ha quedado abierta.*) Al menos cierre la puerta, ¿o eso no está enlistado en su descripción de puesto?

Guadalupe.— Perdón.

Emma.— ¿Qué dice?

Guadalupe.— Dije, perdón.

Emma.— Habla raro.

Guadalupe.— Hablo bien.

Emma.— (*Burlesca.*) A ver, repite eso: hablo bien. (*No obedece.*) ¿De dónde eres?

Guadalupe.— De aquí.

Emma.— ¿De Chicago?

Guadalupe.— Aquí vivo.

Emma.— ¿Aquí nació?

Guadalupe.— Nací en México.

Emma.— ¡Nada más eso faltaba, una mexicana!

Guadalupe.— (*Herida.*) ¿Hay algo de malo en eso?

Emma.— No, pero a Sr. Crown no le va a gustar. Los acentos lo intranquilizan. Otras enfermeras han sido rusas y de otros países, la última fue china. ¿Cómo se llama?

Guadalupe.— Guadalupe.

Emma.— Guada... ¿qué?

Guadalupe.— Lupe. (*La enfermera extiende su mano derecha para saludar.*)

Emma.— Yo me llamo Emma French.

Guadalupe.— Mucho gusto.

Emma.— (*No extiende su mano. Irónica.*) Espere y verá el gusto.

Guadalupe.— Creo que nos vamos a llevar bien.

Emma.— ¿Y por qué lo sospecha?

Guadalupe.— Porque cuando tengo un mal comienzo con alguien, acaba siendo mi amiga.

Emma.— De haber sabido eso, la hubiera recibido amistosamente. (*Sigue hipócrita.*) Pasa querida, bienvenida. (*Se acercan al millonario.*) ¡Ahí lo tiene!, al multimillonario Henry Crown, al hombre que a sus treinta, lo quisieron por su presencia, a los cuarenta por su potencia, a los cincuenta por su experiencia y ahora sólo por su solvencia. (*Sólo Emma ríe su chiste tantas veces repetido.*)

Guadalupe.— (*Saluda al Millonario.*) Hola. (*No responde.*)

Emma.— No está sordo, sólo catatónico.

Guadalupe.— Catatónico no puede estar, es sólo un grado avanzado...

Emma.— (*Interrumpiendo.*) Tan avanzado que olvidó comer.

Guadalupe.— ¿No comió hoy?

Emma.— Ni hoy ni nunca.

Guadalupe.— Gracias.

Emma.— Gracias, ¿por qué?

Guadalupe.— Gracias, ya puede retirarse. Yo me haré cargo de él de aquí en adelante.

Emma.— ¡Yo me voy cuando quiero!

Guadalupe.— Ésta es mi área de trabajo. (*Recorre el área con la mirada.*) Habrá que hacer algunos cambios.

Emma.— ¿Cambios?

Guadalupe.— Necesitaremos estímulos. ¿Qué le gusta al Sr. Crown?

Emma.— No comer.

Guadalupe.— ¿Qué le disgusta?

Emma.— (*Miente.*) Lo blanco.

Guadalupe.— Voy a informarle de la dieta.

Emma.— ¿Va a ponerlo a dieta? Si está tan delgado.

Guadalupe.— Me refiero al menú.

Emma.— Esto no es un restaurante.

Guadalupe.— Quiero los cuatro sabores por separado, salado, dulce, agrio y amargo.

Emma.— En esta casa se come muy bien, nada agrio ni amargo.

Guadalupe.— Bastará con un limón, un poco de sal y chocolate amargo.

Emma.— Pero yo prepararé un budín de carne y un pastel.

Guadalupe.— Pues ya tenemos los cuatro sabores.

Guadalupe.— Necesitaré sábanas limpias y algunas toallas.

Emma.— Tómelas de aquella puerta.

Guadalupe.— ¿Y el baño?

Emma.— Allí también.

Guadalupe.— ¿Quién de su familia viene a visitarlo?

Emma.— La nuera.

Guadalupe.— ¿La señora Ruth o la Sra. Penélope?

Emma.— ¿Cómo sabe sus nombres?

Guadalupe.— Estudié el caso. ¿Quién viene?

Emma.— Ruth.

Guadalupe.— ¿Frecuentemente?

Emma.— No.

Guadalupe.— ¿Algún amigo o amiga?

Emma.— Ninguno.

Guadalupe.— ¿No tiene amigos o no vienen?

Emma.— En los últimos diez años, ningún amigo o amiga ha venido a esta casa.

Guadalupe.— ¿Cuándo fue la última vez que salió a pasear?

Emma.— En el funeral de la segunda esposa. Yo fui al servicio. Vino un chofer por nosotros en una limosina. El Sr. Crown estaba mejor entonces, hasta lloró.

Guadalupe.— ¿No había aún enfermera?

Emma.— No, todos estábamos mejor.

Guadalupe.— Gracias, Sra. French, si la necesito, la llamaré. (*Emma ha quedado estupefacta.*) Voy a asear al señor, le agradecería que se retirara a su área de servicio.

Emma.— ¡Yo aquí doy las órdenes, soy como la señora de la casa!

Guadalupe.— Pues ordene lo que quiera, pero desde su cocina. Es todo por ahora.

Emma.— ¡A mí nadie me dice que me vaya!... Me voy porque quiero irme.

Emma sale lento, como midiendo los pasos en señal de desobediencia. A la mitad del recorrido el Millonario comienza a palmear con frenesí y la cocina acelera el paso y hace mutis. Oscuro.

Escena Segunda

Es la primera noche de Guadalupe. La luz regresa y muestra al millonario que se baja de la cama. Lleva pijama y los pies descalzos. Entre a escena Guadalupe, lleva un vaso de agua en la mano.

Guadalupe.— Sr. Crown, ¿qué hace levantado? ¡A la cama! No debe caminar descalzo. (*Crown mira a Guadalupe y niega como lo haría un niño. La enfermera lo conduce a la cama y ayuda a sentarse con las piernas colgando hacia afuera.*) ¡Antes de acostarse tiene que orinar! ¡No le pondré pañales ni le acercaré el pato! (*El viejo asienta divertido.*) ¡Viejo libidinoso, ya sé que le gusta! (*El viejo ríe soezmente.*)

Henry Crown.— ¡Chocolate!

Guadalupe.— ¡No, por mil razones! Una es que tiene azúcar y otra es que no lo deja dormir.

Henry Crown.— ¡Quiero chocolate!

Guadalupe.— ¡Para su conocimiento, ya cenó, y si no lo recuerda, pues que también el hambre se le olvide! ¡Última pastilla, la de la noche! (*Crown niega como lo había un niño caprichudo; llora, luego abre la boca y para que Guadalupe le coloque la pastilla, toma el vaso de agua que Guadalupe le ofrece, bebe un trago con desconsuelo.*) ¡A la cama! Ya le puse la mejor de las almohadas. (*El viejo niega.*) ¿De qué color es mi uniforme?

Henry Crown.— Azul y blanco.

Guadalupe.— (*Sonríe.*) No soy la bandera de Argentina.

Henry Crown.— Verde y blanco.

Guadalupe.— Tampoco soy bandera de México.

Henry Crown.— Amarillo y...

Guadalupe.— No soy de Venezuela. ¡Es blanco, blanco, blanco, como pañal de bebé! (*Mientras ayuda a subir las piernas al anciano.*) Error mío, hace siglos que no ve un pañal de bebé... si alguna vez lo vio, aunque tuvo dos hijos (*Niega él como niño mimado. Mientras sigue el parlamento siguiente, la enfermera cubre al anciano con una manta y le colo-*

ca una almohada.) ¡Sí, tuvo dos hijos, uno cuando era joven, Lester, y luego su esposa murió; luego se volvió a casar y nació John! (*Niega él de nuevo.*) ¿Cuántos años tiene?

Henry Crown.— Veinte.

Guadalupe.— Mentira, tiene más edad. (*El viejo niega rotundamente.*) Dígame, ¿cuántos años?

Henry Crown.— Treinta, cuarenta, cincuenta.

Guadalupe.— Treinta más cuarenta más cincuenta, suman 120. ¿Tiene ciento veinte años?

Henry Crown.— (*Ríe con ojos de inteligente.*) Solamente cien.

Guadalupe.— ¡No tantos! (*Crown ríe bromista.*) ¡Es hora de acostarse! (*Niega con vehemencia.*) Mi turno ya acabó, pronto llegará mi colega, la enfermera de noche. Mañana regresaré y seguiremos estimulando tantos pensamientos dormidos. ¿Va a obedecer y se va a dormir? (*El anciano afirma como niño.*) ¡Buenas noches, Sr. Crown, nos vamos a entender de maravilla, que tenga felices sueños!

La enfermera hace algún último arreglo, disminuye la luz y hace mutis.

Escena Tercera

Mismo escenario. Al día siguiente. Suena el timbre de la entrada y la luz regresa. El Millonario está dormido cómodamente, enrollado en una manta. La cocinera abre la puerta exterior del departamento, y entra Guadalupe impecablemente uniformada.

Guadalupe.— Buen día, Sra. French.

Emma.— (*Irónica.*) Pensé que ya no vendría.

Guadalupe.— (*Arregla cosas mientras habla.*) ¿Por qué no? Hoy voy a sacar a pasear al Sr. Crown. Necesito un jugo y alguna fruta para el *snack* que tomará en el parque frente al lago.

Emma.— ¿Salir afuera?

Guadalupe.— Y prepáreme algo para mí también.

Emma.— No soy su cocinera, compre algo.

Guadalupe.— No voy a discutir ahora. ¿Cuándo vendrá la Sra. Ruth?

Emma.— Vino anoche.

Guadalupe.— Dígale que necesito hablarle.

Emma.— (*Mintiendo.*) Se lo diré.

Guadalupe.— Vaya ahora a preparar el *snack* porque pienso aprovechar el sol de la mañana. (*Se acerca a la cama.*)

Emma.— ¿Verdad que parece un muerto?

Guadalupe.— (*La enfermera se acerca y toca el rostro.*) Está dormido.

Repentinamente el Millonario se descubre, está desnudo bajo la manta.

Henry Crown.— ¡Buuuu!

Guadalupe.— (*Asustada.*) ¡Ah!

Emma.— (*Aplaude irónicamente y recibe la mirada iracunda de Guadalupe.*) Mejor voy a preparar el picnic para el Sr. Crown. (*Hace mutis.*)

Guadalupe.— (*Intenta llamar la atención del Viejo.*) Sol... sol. ¿Quiere ca-mi-nar? Necesita hacer ejercicio. (*Le pone una camisa.*) Un paseo... Necesita ver el sol. ¿Dónde está el lago? (*Reacciona por primera vez y apunta hacia el público a una supuesta ventana.*) ¿Quiere ir al lago Michigan? Su lago Michigan. No fue suyo porque no quiso comprarlo, como compró el *Empire States*. (*Lo viste con la ropa interior.*) ¡La-go!

Henry Crown.— Ma-má.

Guadalupe.— Su mamá lo llevaba al lago.

Henry Crown.— (*Él asiente como niño.*) Lago... mamá.

Guadalupe.— ¿Cómo se llama?

Henry Crown.— Henry.

Guadalupe.— ¿Cuántos años tiene?

Henry Crown.— Ocho.

Guadalupe.— ¿Dónde está su mamá?

Henry Crown.— Allá.

Guadalupe.— ¿En el lago?

Henry Crown.— Sí.

Guadalupe.— Ya va a estar el niño vestido. (*Busca el closet.*) ¿Dónde estarán sus zapatos. (*Henry niega.*) ¡Tus zapatos deportivos! (*No los encuentra; va hacia la cocina y llama a la Sra. French.*) Sra. French, dónde está guardada la ropa y los zapatos del Sr. Crown.

La cocinera entra a escena secándose las manos en la ropa.

Emma.— ¿Ropa?

Guadalupe.— Camisas, pantalones, zapatos.

Emma.— No tiene, sólo pijamas y pantuflas.

Guadalupe.— ¿Dónde está toda su ropa?

Emma.— La señora Ruth donó toda al Ejército de Salvación.

Guadalupe.— ¿No quedó ni un par de zapatos?

Emma.— Tiene muchas pantuflas y batas.

Guadalupe.— Saldremos a pasear en pantuflas.

Emma.— ¿Sabe la Sra. Ruth esto?

Guadalupe.— Ella no me contrató.

Emma.— (*Irónica.*) Algo más desea la señora.

Guadalupe.— No por el momento, puede retirarse.

La cocinera inicia mutis y luego mira iracunda a la enfermera.

Emma.— La señora Ruth ha despedido a varias enfermeras, y otras se han retirado antes. Usted va a ser la primera que yo despida.

Guadalupe.— Yo nunca he corrido a una cocinera, pero no me parece imposible. (*Con firmeza.*) Quiero la fruta del Sr. Crown, ¡ahora!

Emma.— Tómela usted misma de la cocina.

Guadalupe.— Yo a su cocina no entraré, así que póngala en la mesita cerca de la puerta de salida.

El viejo se ha quitado la camisa.

Guadalupe.— No se la quite, vamos ir a lago. (*La enfermera ayuda a poner la prenda de nuevo.*) Hace frío en el lago.

Henry Crown.— Mamá.

Guadalupe.— Yo no soy su mamá, pero da lo mismo. (*Con un movimiento rápido el viejo se quita la camisa.*) Quiera o no, va a ver el sol y el lago. (*Le ha puesto la camisa. El viejo intenta quitársela de nuevo.*) Tu mamá nos espera en el lago. (*Se deja vestir. Le pone varias batas. Se arrodilla a ponerle las pantuflas y está en esa posición cuando Emma entra con un teléfono celular en la mano.*)

Emma.— Hay una llamada telefónica.

Guadalupe.— ¿Para el Sr. Crown?

Emma.— No, para usted.

Guadalupe.— ¿Quién me puede llamar?

Emma.— La señora Ruth.

Al oír el nombre, el Millonario ataca a la enfermera y la tira del cabello. Al fin, Guadalupe logra liberarse. La cocinera no ha ayudado.

Emma.— *(Le ofrece un celular.)* ¿Puede o no tomar la llamada telefónica?

Aún jadeante, la enfermera pone el auricular en su oído.

Guadalupe.— Sí, yo soy. Qué bueno que llama, necesito ropa para el Sr. Crown... Usted sabe, camisas, pantalones, zapatos... Sí, entiendo... pero yo creo que... Usted no puede despedirme, el contrato lleva la firma de Lester Crown... Ya sé que es su esposo, pero legalmente sólo él puede suspenderme... Hable con la agencia, si gusta... Pero el Sr. Crown recobró la memoria y dijo “mamá”.

Emma.— ¡Mentira!

Guadalupe.— Fue huérfano, no lo sabía... Sí, entiendo... pero respondió al estímulo del lago. ¡Preferiría hablar con su esposo!... No me iré si no hablo antes con él. ¡Alguien tiene que heredar la vida de Henry Crown, además de sus millones! *(A Emma.)* ¡Me colgó! *(Se hace un silencio.)*

Henry Crown.— ¿Tan poco quieren gastar mi hijos que contratan a una hispana? *(Se incorpora, sale del auto y cierra la puerta. Las mujeres quedan estupefactas.)*

Guadalupe.— *(Emocionada.)* ¡Henry Crown, estás hablando con cordura! *(A Emma.)* De ahora en adelante, yo seré quien hable con las nueras y los hijos. Apuesto a que me llamarán para pedirme que me quede. ¡Hoy iremos al parque los tres, porque usted, Emma, ayudará a cargar los alimentos! *(Mira al anciano.)* El Sr. Crown volvió a ser el millonario con que todos sueñan, aún los pobres, el que salvó el *Empire States* de la quiebra. ¡Vamos al lago ahora, que el sol está más que brillante! Emma, usted, me marcará el camino. Caminaremos hasta el lago Michigan, allí haremos el picnic. ¿De acuerdo?

Henry Crown.— ¡Quiero ver el lago!

Guadalupe.— Emma te va a enseñar el lago.

Henry Crown.— ¿Va Emma?

Guadalupe.— ¿Verdad, Emma, que nos acompañará al lago?

Emma.— No me queda de otra, con tal de no estar encerrada en esta cárcel para dos.

Guadalupe.—Hoy será un día fantástico, porque ha vuelto a nacer Henry Crown.

Los tres ríen como niños.

Guadalupe.— Henry, ¿qué es esto? (*Lo señala.*) ¿Una cama o un auto?

Henry Crown.— Una cama... con botones.

Los tres ríen mientras hacen mutis. Oscuro instantáneo. La figura de Emma aparece lateralmente. No se ve el apartamento. Emma se dirige al público con sabrosura.

Emma.— Nunca he entendido por qué si mis abuelos dejaron de ser esclavos hace dos siglos, seguimos sirviendo a los mismos señores. Fácil la vida no ha sido para nadie. No debería quejarme porque comencé en la pobreza y hoy trabajo en la casa de uno de los diez hombres más ricos, y si no es el más rico del país, es por lo mucho que gastan sus nueras. Hoy vivimos en paz, pero antes tuvimos tantas guerras; el Sr. Crown perdió un hermano en la 1ª guerra. Yo perdí a mi padre en la 2ª, un hermano en Corea y un hijo en Vietnam. En las últimas guerras ningún rico murió, sólo aquéllos que podrían ser mis parientes o que eran hijos de extranjeros.

Cuando mis hijos eran niños, mi marido ganaba poco y ni seguro de salud teníamos. Si no fuera por los cambios olvidados, la ropa vieja que nos dan y uno que otro hurto, además del bajo sueldo, no habiéramos sobrevivido. Nunca tuve lujos, pero me encantaba probar perfumes olvidados, una probadita atrás de la oreja para que todo el día trabajara contenta, pero tuve que dejar de hacerlo porque un día que me puse el perfume de su difunta esposa, y el Sr. Crown dijo espantado: “¿Está el fantasma de mi esposa aquí?” (*Ríe divertida.*) Trabajar como cocinera no fue antes tan terrible, pero pudo haber sido mejor...

(Emma es tragada por la oscuridad.)

Escena Cuarta

La luz abre y Henry Crown está sentado en un auto chatarra cubierto con basura de publicidad anticuada. El Millonario viste pantalón camisa y zapatos viejos. Guadalupe está descansando en una silla y cree mirar una cama hospitalaria. Entra intempestivamente Ruth, la nuera mayor, muy enojada, seguida de Emma. Ruth viste demasiada ropa para aparecer elegante.

Ruth.— ¡No puedo tener un instante de paz! ¡Todos son líos! (*Mira a Guadalupe.*) ¡Esto debería haberlo resuelto usted!

Guadalupe.— ¿La Señora Ruth?

Ruth.— ¿Quién más podría entrar en esta casa intempestivamente y gritar como yo lo hago?

Guadalupe.— (*Adelanta su mano derecha para saludar.*) Soy Guadalupe.

Ruth.— (*No extiende la mano.*) No podría ser otra, salvo que hubiera obedecido mi despi-

do.

Guadalupe.— Me mando la gerencia.

Ruth.— También a las otras cinco y yo las corrí.

Emma.— (*Corrige.*) Seis.

Ruth.— Seis, gracias, Emma.

Emma.— Y dígame que a ninguna cocinera.

Ruth.— ¡Eso nunca! Cuando llegué a esta familia hace un millón de años, ya estabas aquí. (*A Guadalupe.*) Incluso quise llevarla a casa, pero el viejo Crown se opuso, y contra eso, solamente la muerte. A ver, ¿cuál es el pleito?

Guadalupe.— No ha pasado nada.

Ruth.— Hasta mi casa llegaron los clamores. ¿Cómo está mi suegro?

Guadalupe.— (*Con entusiasmo.*) ¿Por qué no se lo pregunta usted misma?

Ruth.— Hace años que no me contesta.

Guadalupe.— Véalo, bien bañado y en estado de calma.

Ruth.— ¿Y esa ropa vieja?

Guadalupe.— No tenía camisa ni pantalones y le compré unas mudas en el Ejército de Salvación.

Ruth.— ¡Mi suegro con ropa usada!

Guadalupe.— Donaron su ropa allí, a lo mejor compré la misma.

Emma.— (*Interrumpe.*) No quiso comer.

Guadalupe.— Con la mitad, bastaba.

Emma.— Antes se comía todo.

Guadalupe.— Es mejor comer menos.

Ruth.— ¿Algún problema? (*Guadalupe niega; Emma no ataca.*) ¡A la próxima vez que venga a poner las cosas en su sitio, veré que la agencia envíe a otra enfermera!

Guadalupe.— ¿Por qué no viene su esposo?

Ruth.— En vez de mí, ¿dice usted?

Guadalupe.— Los dos, porque le hacen falta al Sr. Crown personas con quienes conversar.

Ruth.— ¿Ya no le bastan sus viejas películas?

Guadalupe.— Le hacen falta sus hijos, nietos, amigos.

Ruth.— Nunca me dirigió la palabra, ni antes cuando hablaba con todos, pero a mí no me importó, y ahora menos.

Guadalupe.— Ya hablé con la Sra. Penélope para que viniera a visitar al Sr. Crown.

Ruth.— (*Muy molesta.*) ¿Y vino? (*Emma niega.*) Mientras menos venga, mejor.

Guadalupe.— Ella o quien sea, pero el Sr. Crown necesita estímulos.

Ruth.— El Sr. Crown, como usted dice, no sabe sumar $2 + 2$, y no digo millones de dólares, sino... ¿cómo se llama la moneda de su país?

Guadalupe.— Pesos mexicanos.

Ruth.— $2 + 2$ pesos mexicanos.

Guadalupe.— Amigos, le hacen falta.

Ruth.— Nunca fue de muchos amigos. Fue un solitario con dos esposas. Conversar con sus hijos, no lo hizo nunca. Además, usted es la enfermera y nada tiene que opinar de las relaciones públicas de mi suegro. (*Por primera vez Crown mira a Ruth.*)

Henry Crown.— ¡Perra!

Ruth.— (*No mira a su suegro.*) Por fin me dirigió la palabra, se lo presumiré a mi esposo. El mes entrante haré un viaje a Europa y no quiero regresar antes por problemas como éste. ¡Cuídenlo bien y no se peleen! Y sobre todo no llamen a Penélope. ¿Me entienden? (*Mira fijamente primero a Emma y luego a Guadalupe.*) Otra trifulca como ésta y llamaré a la agencia no sólo para que la cambien, sino para que no le den una carta de recomendación después, ¿me entiende?

Guadalupe.— Sí.

Emma.— (*Corrige.*) Sí, Sra. Ruth.

Guadalupe.— Sí, Sra. Ruth.

Ruth.— Adiós, Emma, y que sigas cocinando delicioso.

Emma.— (*Solícita.*) Cuando cocine algo rico, le enviaré una muestra.

Ruth.— Ahora no, estoy a dieta, mejor cuando regrese de Europa. ¡Qué descanso! ¡Un mes sin ver ni pensar en ningún Crown! (*Hace mutis apresurada por la puerta de salida.*)

Guadalupe.— (*A Emma, en ataque.*) ¿Llamó usted a la Sra. Ruth para que viniera?

Emma.— (*Defensiva.*) ¡Usted llamó a la Sra. Penélope y ella no vino!

Oscuro instantáneo. Una luz apunta al lado derecho del escenario, Ruth se asoma y observa que el campo esté libre y entra con paso decidido mirando al público.

Ruth.— ¡No sé qué pensarán de mí porque todos hablan mal! Hasta Penélope dijo una vez: “Ruth compra, luego existe”. Tuve que investigar en Internet el significado de ese insulto y comprendí que ella era la equivocada, debió decir. “Puede pagar, luego existe”. Cuando compruebo que mis enormes compras son pagadas, sé que sigo casada con Lester; es lo único que me recuerda que tengo marido. Henry Crown ha sido una amenaza para mí. Mal negocio hizo conmigo cuando por interés me casó con Lester, por ser hija de su socio principal. Los negocios comunes no progresaron y me atoré como esposa. A mí no me importó, mientras mi crédito fuera generoso. Lo mejor del alma de Henry Crown fue donado al Ejército de Salvación; nada hizo por su patria ni por nadie, Se condolía en las cenas de beneficencia sólo porque era *tax deductible*, como el teatro ese de Jerusalén. A todos controló. ¿Mi cuñada Penélope? Mejor de lejos y de a gotas. (*Irónica.*) El dinero no la compra, pero tampoco sabe venderse. No parece de la familia Crown. Claro, que para casarse, primero se embarazó, pero con la cara de buena que tiene, nadie sospechó la treta, porque para que una mujer abra sus piernas tiene que haber algo además que el sexo. (*Sigue irónica.*) Acaso no para las “poetas”, porque Penélope escribe versos y hasta gana premios, pero sus jurados están tan barbudos y huelen tan mal, que no creo que sean americanos bien nacidos, sino agentes extranjeros que quieren acaban con este país, que si no es el paraíso del Génesis, sí es lo más cercano que los cristianos hemos podido construir. Ya aclarado esto, me puedo ir. Odio que la gente tenga mal concepto de mí. ¡Hasta pronto!

Sale por la derecha y por ella continúa. Oscuro de la luz lateral.

Escena Quinta

La luz ilumina el apartamento. Henry Crown se baja del auto desvencijado y cierra la portezuela. Guadalupe arregla cosas.

Henry Crown.— No arranca.

Guadalupe.— Es una cama.

Henry Crown.— No, es mi Nash, lo compré en abonos.

Guadalupe.— Ayer tenía un Lincoln.

Henry Crown.— Mentira, yo nunca tuve un Lincoln.

Guadalupe.— Pero lo tendrá mañana.

Henry Crown.— Si logro vender éste.

Guadalupe.— ¿Compró el Nash cuando estaba casado con su primera esposa?

Henry Crown.— Yo nunca me he casado, ni he pagado por sexo.

Guadalupe.— Pues ahora, ni pagando. ¿Qué película quieres ver hoy? ¿*Casa Blanca* o *Lo que el viento se llevó*?

Henry Crown.— No conozco esos filmes.

Guadalupe.— ¿Y cómo sabes que son filmes?

Emma entra llevando la bandeja de la cena.

Emma.— Para él todo es nuevo cada vez. Sr. Crown, ¿quién soy yo?

Henry Crown.— (*Mira Emma.*) Eres la cuchara de esta casa... (*Señala a Guadalupe.*) y ella es el cuchillo.

Guadalupe.— Y Penélope, ¿quién es?

Henry Crown.— Ella es la pluma.

Guadalupe.— ¿Quieres verla?

Henry Crown.— No puedo leerla ni borrarla.

Guadalupe.— ¿Y su hijo Lester?

Henry Crown.— Yo no tengo hijo.

Guadalupe.— Sí, dos hijos varones.

Henry Crown.— Mentira, yo nunca me casé.

Emma.— Las esposas como quiera se olvidan, pero los hijos, no.

Henry Crown.— Si ellos no vienen, es que no tengo hijos.

Guadalupe.— Un vaso de leche caliente y a la cama.

Henry Crown.— Quiero Chocolate en taza.

Guadalupe.— ¡Qué ganas de beber chocolate! No va a dormir bien.

Emma.— (*Solícita.*) Le prepararé la mejor taza chocolate. (*Hace mutis.*)

Guadalupe.— Y después, ¡a dormir!

Henry Crown.— (*Decidido.*) No, quiero manejar a Detroit.

Guadalupe.— Bueno, abróchese el cinturón de seguridad y esté atento a no rebasar la velocidad límite.

Henry Crown.— Sólo los aviones tienen cinturón de seguridad. (*Con lo anacrónico del comentario, Guadalupe comprende la edad psicológica de su paciente. El chofer se sienta en el auto chatarra, inserta la llave y el público escucha el arranque lento del motor.*) Sueña bien porque está afinado... ¡Será una delicia manejar de Chicago a Detroit!

Guadalupe.— Cuando llegue a Detroit, me avisa, para llevarlo al baño.

Henry Crown.— Para orinar, cualquier árbol de la carretera es bueno.

Guadalupe.— ¿Y por qué no cambia de modelo de auto? Ese Buick está muy viejo.

Henry Crown.— (*Mira el auto.*) ¡Es un Nash 1937! Se ve que no sabe de autos, este es un modelo muy confiable, me llevará a Detroit sin problemas. (*Se despide con la palma de la mano como si partiera. El sonido lo señala y pareciera que sale de escena por la ráfaga de aire que mueve su ropa.*)

Guadalupe.— (*Mientras la escena se va oscureciendo.*) ¡Y se fugó a Detroit! Ayer a Nueva York en un Chevrolet Camaro 69, mañana a Los Ángeles en el Ford Mustang 67. (*Habla para sí.*) Me parece imposible de creer que un hombre tan importante se convierta en un niño y, por último, en polvo de la madre tierra. (*Oscuro.*)

Por el lado izquierdo de la escena, entra Penélope, carga algunos libros. Mira complaciente al público. El apartamento está fuera de la vista del público. Para ella la elegancia es sencillez.

Penélope.— Siempre siento los ojos de Ruth tras de mí. Me espía y pone a Emma como informante. ¡Los Crown son una familia aparte! No podría decir que me casé con el hombre equivocado, ¡no, de John fue de quien me enamoré!, pero el dinero lo pervierte todo. De niña siempre me sentía lista; cuando mis amigas soñaban con ser *cheer leader*, yo leía libros, y cuando ellas querían tener pareja, yo escribía versos. Después logré la beca de Harvard y allí me enamoré de John, el tímido hijo de un millonario. Cuando Henry Crown me vio, sonrió y dijo: ¡Penélope y tú se casan!, que era exactamente lo que queríamos... Después pretendieron borrar mi beca diciendo que mi suegro había pagado mis estudios. ¡Esa es una mentira familiar! Calumnia nacida del hecho que mi suegro hizo cuantiosas donaciones a la Universidad de Stanford. Igual dijeron de mis poemarios, que habían pagado a un *ghost writer* para que me los escribiera, como si únicamente los pobres pudieran ser buenos poetas... John y yo tuvimos dos hermosos hijos, pero después lo vi poco. Unos decían que tenía amantes, otros que le gustan demasiado los deportes extremos; lo que yo creo es que fue él quien heredó la genialidad de su padre para los negocios. Lo cierto es que John está lejos muchas noches, no porque duerma con otras, sino porque duerme hoy en Nueva York y mañana en Paris, debido a los negocios de *General Dynamics*. Demasiado pronto nuestros hijos crecieron... y mis letras se secaron. Viajo por el mundo buscando inspiración y no la alcanzo, y regreso a Chicago a soñar con haber sido pobre para vivir la bohemia. Pudiera escribir un *bestseller* con la vida de Henry Crown y ganar millones, pero la verdad es que nunca supe su verdadera historia. Lo único que me daría la felicidad sería vivir en una isla desierta para los dos, pero eso en poesía se llama: Lugar común... ¡pero que para mí, sería lo más deseable!

Penélope dice adiós con la mano y hace mutis por la izquierda. La luz lateral desaparece.

Escena Sexta

La luz ilumina un carrito de supermercado convertido en espacio “homeless”, lleno de cobijas, ropa usada y botellas vacías. Visiblemente no hay cama. A un lado, en el suelo, está sentado Henry Crown, quien viste ropa en girones y unos zapatos rotos. Entra Guadalupe en compañía de Penélope.

Guadalupe.— Quiero que él la vea y usted lo estimule con plática. *(Al viejo.)* Sr. Crown, tiene visita.

Henry Crown.— ¡Penélope!

Penélope.— *(Conmovida.)* Es la primera vez que me reconoce en mucho tiempo.

Henry Crown.— No estoy bien, he perdido todo. Mis negocios se fueron a la ruina. Mis hijos me quitaron todo y vivo en la calle como un desvalido. Ya no tengo ni casa, ni auto, ni cama.

Penélope.— ¿Y esta cama?

Henry Crown.— Ésta es una cama ambulante, todo lo que poseo está en este carrito y lo puedo llevar a donde quiera.

Guadalupe.— Ha tomado sus medicamentos, a ratos está lúcido, pero en otros su mente lo traiciona.

Henry Crown.— ¿Cómo está John?

Penélope.— *(Estupefacta de la lucidez.)* Le envía sus saludos.

Henry Crown.— ¿Y por qué no viene?

Penélope.— Se lo preguntaré.

Henry Crown.— El que no tenga nada es una ventaja porque nada puedo perder. ¡Explícaselo!

Penélope.— Dígame que le hace falta y se lo traeré.

Henry Crown.— Lo único que me faltaba eras tú, y ya estás aquí.

Penélope.— ¿Quiere ver una película conmigo de las que le gustan?

Henry Crown.— No, porque terminan con un “*happy end*” y eso es falso. La vida es más ruda.

Guadalupe.— Ayer vino la Sra. Ruth a visitarlo; la llamó Emma.

Penélope.— (*Mira a Emma.*) ¿Y para qué?

Guadalupe.— Para que me despidiera.

Penélope.— ¡Pero usted es una buena enfermera!

Guadalupe.— No lo suficiente para convencer a la Sra. Ruth... ni para curarlo.

Penélope.— No se preocupe; yo tampoco lo convencí. Olvide a mi cuñada, es más, olvídense de todos nosotros, pero no de mi suegro. Él la necesita. Han pasado por aquí decenas de enfermeras, pero en cuanto la vi, me di cuenta que usted es la que necesitamos. ¿Cuánto tiempo lleva?

Guadalupe.— Casi un mes.

Penélope.— No vaya a aceptar ninguna decisión de nadie sin consultarme antes.

Guadalupe.— (*Sintiéndose apoyada.*) Hemos sacado a su suegro del apartamento, que vea gente, que camine. Su mente necesita estímulos, pasa demasiado tiempo con sus propios fantasmas.

Penélope.— Cuento con cualquier permiso, se los sacaré a mi marido.

Guadalupe.— Hay que retirarle tanto calmante.

Penélope.— Pero tendrá dolor.

Guadalupe.— El dolor también es estímulo.

Penélope.— Tiene razón, es el estímulo máximo para vivir.

Guadalupe.— Nada en negro y blanco, es mejor música y colores.

(Penélope se acerca a su suegro.)

Penélope.— Papá, ¿quieres ir al lago conmigo?

Henry Crown.— No, hace frío.

Penélope.— Pero estamos en verano.

Henry Crown.— *(Sonríe.)* Mejor vamos a Alaska.

Penélope.— ¡Claro! En verano íbamos a Alaska. ¿Recuerdas que cazaste un oso polar desde un helicóptero? *(El viejo ríe y simula disparar con un rifle desde el aire.)*

Penélope.— ¿Te acuerdas de cuando llevaste a John de cacería a África?

Henry Crown.— *(Con claridad de mente.)* A mí nada se me olvida... ni nada quisiera recordar.

Penélope.— Pues recuerde que con sus dos esposas tuvo dos hijos y que ahora tiene seis nietos.

Henry Crown.— *(Doloroso.)* Lástima me dan los millonarios.

Penélope.— De ti hemos dependido para ser felices.

Henry Crown.— Nadie es feliz.

Penélope.— Yo soy feliz, hice lo que quise, estudié mi doctorado en contra de todos y soy una poeta.

Henry Crown.— Tuviste más cerebro que mi hijo.

Penélope.— Pero nadie tuvo el cerebro del Patriarca Crown, hasta hay una medalla de liderazgo para empresarios que lleva su nombre.

Henry Crown.— Ya no sé sumar ni restar.

Penélope.— Supiste sumar millones y restar felicidades.

Henry Crown.— ¡Bingo!

Se abre la puerta principal y entra estrepitosamente Ruth. Penélope se sorprende.

Ruth.— ¡Qué coincidencia, venir las dos el mismo día! (*Mira a su suegro.*)

Penélope.— Deberíamos venir las dos más a menudo.

Ruth.— No me conviene. Tú logras a papá sano y yo enfermo. ¡Algo le sacarás!

Penélope.— Bien sabes que el dinero no es lo que me interesa.

Ruth.— Harvard fue cara, querida.

Penélope.— No menos que tus compras.

Ruth.— Pues estamos a mano, cada quien paga sus vicios, tú de libros y viajes, y yo de ropa y cosméticos.

Penélope.— Nunca he comprendido por qué no somos aliadas.

Ruth.— Las dos siempre restamos y nunca sumamos, y nuestros maridos, tampoco.

Penélope.— ¡Siempre ha hecho falta Henry Crown!

Ruth.— ¡Papá, papá! (*El viejo no reacciona.*) Alguna vez pensaste en no retirarte. (*El viejo no contesta.*) ¡No retirarte, papá, morir en la batalla, no aquí acompañado de una enfermera y una cocinera negra! (*El viejo deja de escuchar.*) ¿Está mal o es sordo? (*Notable es su reacción de incomodidad.*) Henry Crown, ¿no te quieres morir o es que eres inmorable? (*Ríe vulgar y corrige burlona.*) ¡Yo no dije todo esto, era una broma!

Penélope.— Sería mejor que viva seis meses conmigo y seis contigo.

Ruth.— ¡Ya no nos estamos entendiendo! Aquí es su trono y aquí se queda. Vendremos cuando podamos, nuestros maridos nunca pueden o quieren venir. (*Grita a su suegro.*)

¡Papá, tus hijos cuidan más de tu dinero que de tu salud!

Penélope.— No digas eso.

Ruth.— A ti que te gustan los libros, bien sabes de la novela *El príncipe y el mendigo*, ¿quieres que cambiemos papeles y vivas tú mi vida y yo la tuya? Verías qué divertida es estar casada con Lester. Marido para firmar los cheques y nada más.

Penélope.— Yo no me enriquezco, precisamente, en la universidad.

Ruth.— Educar a chicos ajenos no es proyecto de vida.

Penélope.— Eso es lo más retador.

Ruth.— No lo creo, ni aprenden ni te puedes acostar con ellos.

Penélope.— No me quejo.

Ruth.— Yo tampoco. Tú y yo nos liberamos del viejo rápido, y mal no nos ha ido. ¡Míralo ahí, en su cama de muerte creyendo que es un Ferrari o, peor aún, un Buick!

Penélope.— Hoy dice que es un *homeless* y vive en un carrito de supermercado.

Ruth.— Lo de *homeless* es un hecho y lo del carrito es metáfora, como dirías tú. ¿Ves que no soy tan tonta?

Penélope.— A nosotros también se nos va la vida.

Ruth.— A mí no, mientras las tarjetas tengan crédito. ¡Compro, luego existo!, como dices tú. (*Ríe burlesca y Penélope se sonroja.*)

Penélope.— No me gusta tus sarcasmos. Me caes mejor cuando eres agresiva.

Ruth.— Pues ya me cansé. No tenemos maridos, ni suegro, y si no nos ponemos listas, ni tendremos dinero.

Penélope.— Yo gano mi dinero.

Ruth.— Admiro tu decisión, pero no enseñas en Harvard, precisamente.

Penélope.— Los graduados en Harvard no enseñamos allá, no quieren *inbreeding*, tú sabes, como el ganado, hay que cambiar de esperma.

Ruth.— ¡Eso hace años que ni tu ni yo paladeamos! ¿Cuándo fue la última vez que tu marido se acostó contigo? Y eso que eres joven...

Penélope.— Esta conversación no debe seguir. Nos hacemos daño.

Ruth.— ¡Ves! Primero quieres que hablemos y ahora no quieres conversar.

Penélope.— Paremos aquí.

Ruth.— No vuelvas a venir aquí sin que esté yo presente. Me llame la negra o no.

Penélope.— Yo vendré, estés o no estés.

Ruth.— Ya es tiempo del catafalco, como dirías tú, para mí será una simple caja de muerto.

Penélope.— No me gusta que hables así.

Ruth.— No te gusta ni a ti ni a ellas tampoco. (*Habla hacia el interior del apartamento.*)

¡A ver, Emma y Guadalupe, pasen, que escuchar tras las puertas es pecado! ¡Sé que están allí! (*Entran las dos con expresión de susto.*) ¡No se sientan mal! Somos cuatro mujeres esperando un cadáver. Henry Crown no es eterno, solamente hay que esperar, y lo que tiene que suceder, sucederá. Hemos soportado años, ahora nos toca soportar meses, acaso días... horas, y el mundo que vendrá será nuestro.

Penélope.— ¡Tuyo! Yo así no lo quiero.

Ruth.— Muerto Henry, con tal de deshacerme de los Crown, aceptaré lo que sea.

El Millonario se incorpora y con cara lúcida da una respuesta a su nuera.

Henry Crown.— ¡Una de las razones por las que me refugié aquí, fue para no tratar con gente como tú, sureña de mierda!

Las cuatro mujeres quedan estupefactas por lo lúcido de la réplica.

Ruth.— ¡Viejo avaro, por fin me diriges la palabra! Ni en el día de nuestra boda te dignaste felicitarme. Mereces el peor de los finales por lo tirano que fuiste, y lo estás sufriendo despacio para vengar uno a uno tus atropellos.

Penélope.— Paremos esta conversación.

El Millonario se sienta en el suelo. Emma y Guadalupe ocurren en su auxilio, pero él niega con las manos.

Henry Crown.— ¡Ya me quiero morir pero la muerte no me llega!

Emma.— Yo lo cuidaré como lo he hecho siempre.

Henry Crown.— Emma, has sido más fiel que mis perros que se murieron antes. Por eso te mencioné en mi testamento. (*Emma se entusiasma.*) Y a ti también, Guadalupe, no sabía tu nombre, pero dejé un legado para mi última enfermera. Y a mis nueras, nada, Y a mis hijos tampoco. Todo a la beneficencia pública. ¡A los pobres! Los únicos años que fui feliz, fue cuando era pobre, después este país me enseñó a acumular dinero, pero nunca a ser feliz.

Guadalupe.— Sr. Crown, no diga nada más, tiene que descansar.

Henry Crown.— (*Ríe amargo.*) No me queda mucho tiempo para hacer atropellos (*Mira a Ruth y la mujer baja la vista avergonzada.*)

El Millonario se levanta con agilidad rechazando los brazos de Emma y Guadalupe, va hasta el carrito y se apoya como lo haría en un mercado.

Henry Crown.— Me voy a Detroit y no sé cuándo regrese. No me esperen a cenar.

Enciende el motor y el sonido es audible para el público y manejando el auto como lo haría un profesional del volante hace mutis lateral. Las cuatro mujeres miran atónitas. Oscuro instantáneo. Fin del primer tiempo.

SEGUNDO TIEMPO

Escena Primera

El carrito de mercado ha desaparecido. En medio de la escena hay una cama hospitalaria con múltiples botones y blanquísimas sábanas. Sentado en la cama está Henry Crown, bañado y peinado, como niño en un primer día de clases. Entra Guadalupe vestida de enfermera. Han pasado varias semanas.

Guadalupe.— Ahora nos toca rehabilitación. Ejercicio con un paseo por los jardines del lago Michigan. (*Henry Crown niega con la cabeza rotundamente.*) Hoy sólo caminar. Ayer estuvo más difícil con masaje Sheitu, método japonés para la estimulación de los centros nerviosos. (*Sigue negando sin hablar.*) ¡En esta democracia, no se admite el “no”! (*Niega más enfáticamente y con los labios enuncia un “no”.*) Eso está mejor. No le estoy pidiendo nada que en sus empresas no fuera exigido. Si das algo, te premiamos; si no das nada, pues premio no tendrás. (*El Millonario se queda pensativo.*) Esa mirada es de listo, ¡si tonto no fue! El dinero no se hace de la nada. ¿A qué edad hizo su primer millón? (*Crown mira a Guadalupe y muestra dos dedos de la mano derecha.*) ¿Dos años? (*Niega.*) ¿Doscientos años? (*Niega.*) ¿Veinte años? (*El viejo afirma orgulloso.*)

En pleno papel de espía, Emma asoma la cabeza, observa a la pareja y luego al público, guiña un ojo y desaparece.

Guadalupe.— ¡De pie! (*El Millonario obedece.*) ¡Camine! Un, dos, un, dos, un dos. (*Lo hace como el militar que fue.*) Usted se alistó pero no fue al frente de batalla, ¡era demasiado rico para eso! La única que guerra que ganaste fue la de *Wall Street* y sin hacer ningún disparo dio en el blanco. Pero hoy no va a ganar la guerra, porque ya la perdió, una vulgar enfermera mexicana la ganó. Hoy va a caminar frente el lago Michigan, que lo pudo haber comprado, pero pensó que mejor lo manejara el *Mayor* de Chicago. Usted los ponías en el puesto, ¿no es cierto? Si puso presidentes, no fuera a poner alcaldes. ¿Dónde está la puerta? (*Crown apunta con el índice derecho a la puerta de salida.*) Salgamos. Un, dos, un, dos. Y así hasta el *Lakeshore drive* y de regreso. Un dos, un, dos. (*Los dos salen.*)

Emma entra a escena y se dirige a la cama. La mira. Prueba con la mano un botón y el respaldo se sube, y luego lo baja; aprieta el botón equivocado y la cama hace movimientos extraños. Emma suspira. Le da una patada a una de las patas de la cama y ésta se detiene.

Emma.— ¡Maldita cama de hospital! Cuando entré a trabajar, regresaba de su luna de miel, la primera, con una chica de sociedad. Ni ella ni él supieron cómo ser felices. Nació Lester y no me dejaron cuidarlo. Era el tiempo en que las nodrizas negras desaparecieron y llegó la plaga de las enfermeras vestidas de blanco. Al principio todas eran rubias, después llegaron las negras estudiadas y al último la invasión hispana. Entonces eran grandes fiestas, en *Christmas* llovían regalos. Al principio preparaba comida para multitudes pero después ya nadie quiso mi comida, todo fue *fast food* o comida extranjera. Luego todos se fueron, sólo quedó Sr. Crown... ahora cocino para alguien que perdió el gusto por comer, ¡qué digo comer!, ¡por vivir! Cuando yo tuve a mis hijos estaba tan ocupada aquí que los veía poco, y ahora que el tiempo me sobra, ya no tengo a quien cuidar porque mi familia se esfumó.

(*Recorre al público con la mirada.*) No sé por qué los miro, si no existen. Aquí no hay nadie más que yo, pero alguien tiene que escucharme, acaso ustedes son los curiosos de este magnífico edificio, o las almas perdidas de Chicago, o los mal nacidos de este país sin rumbo. Rico sí ha sido y los millonarios han tenido de todo, mientras nosotros los pobres poco tuvimos. ¡Mejor me voy, aunque no tengo nada que hacer! Pronto volverán de caminar por el lago y tendré preparado un almuerzo frugal, como ella dice, frutas y queso fresco. ¡Comida para cerdos!, bueno, en el fondo, eso es lo que son todos. (*Suelta un llanto ridículo y se seca una falsa lágrima.*) ¡Mal con Henry Crown y peor será sin Henry Crown!

(*Emma hace mutis.*)

Escena segunda

Guadalupe y Henry Crown entran por la puerta principal. El Millonario viene agitado pero con expresión vivaz.

Guadalupe.— ¡Fue buena caminata, hasta el complejo de la exposición de Chicago de 1893! A ésa usted no asistió, pero su padre debe haber asistido. (*Crown afirma sonriente.*) ¡Ahora sí, a la cama! Nada de pastillas para conciliar el sueño. ¿Quiere un té? (*El rostro del viejo tiene expresión juvenil, la enfermera lo toca con el índice en la frente.*) ¡Ahora hay luz aquí, hasta sus ojos brillan! ¿Cómo se lo diría? Rehabilitarse es como pulir su corona;

su cabeza vuelve a relucir. (*La mirada del viejo muestra una mayor armonía de los sentidos.*) ¡Ahora a acostarse, que la noche es larga! Y debe ser tan larga para usted como para mí. (*La enfermera acuesta al anciano en la cama cuidadosamente y le arregla las almohadas; luego susurra mientras va saliendo de escena.*) Voy a apagar la luz...

Henry Crown.— ¡Gracias, Guadalupe!

Guadalupe.— (*Disfruta el agradecimiento y dice susurrante.*) Ni una palabra más, es hora de dormir.

Henry Crown.— El secreto está en hacer negocio con los pobres.

Guadalupe.— Ya duérmase, silencio, si no, pensaré que se enriqueció con el dinero de los pobres. ¡sssht!

Henry Crown.— (*Como niño impertinente que no quiere dormirse.*) Solamente lo pobres pagan impuestos, los ricos nunca.

Guadalupe.— ¡Ni un comentario más!

Henry Crown.— El *Internal Revenue Service* nunca me persiguió.

Guadalupe.— Porque tenía los mejores abogados. ¡Sssht!

Henry Crown.— El impuesto federal es inconstitucional para los ricos.

Guadalupe.— Consulte con sus abogados, si podemos progresar sin el pago de impuestos. (*Cada vez más interesada en conocer los avances del anciano.*)

Henry Crown.— Yo no acepto cosas ilegales.

Guadalupe.— ¡Y cómo logró colar abogados a la comisión Warren para borrar la participación de la mafia en la muerte del presidente Kennedy? Todo el mundo lo sabe, así es que ¡Duérmase! (*Ha ido mirando con ojos profesionales las reacciones del anciano.*)

Henry Crown.— (*Con la astucia antes perdida.*) Los abogados actuaron según la ley.

Guadalupe.— ¿Y la justicia?

Henry Crown.— La justicia no existe, sólo los abogados.

Guadalupe.— ¿Cómo dice eso, cuando fue dueño del *Empire States*?

Henry Crown.— Dueño no, inversionista, metí 10 millones en 1951 para salvar el edificio y diez años después vendí mis acciones en 32 millones. (*Ríe y la enfermera se asombra.*)

Guadalupe.— Por eso es Henry Crown, con conocimiento e imperio.

Henry Crown.— Mi palabra es mi mejor fianza. ¡Fui coronel en la segunda guerra mundial! No vi un tiro, ni fui herido, pero me condecoraron como héroe.

Guadalupe.— Héroe con empacadoras de carne, fábricas de azúcar, hoteles, trenes, casinos y hasta con industrias aeronáuticas. ¡Es Henry el empresario coronado!

Henry Crown.— Me llamo Henry Krinsky, mi padre era de Lituania.

Guadalupe.— Judío, ¿verdad?

Henry Crown.— ¿Quién que no sea judío puede enriquecerse en este país?

Guadalupe.— ¿Alguna vez tuvo obreros hispanos?

Henry Crown.— Muchos.

Guadalupe.— ¿Se acostó con alguna hispana bonita?

Henry Crown.— (*Bromista.*) No hablo español.

Guadalupe.— (*Confianzuda.*) ¡Henry Crown, permítame decirle que es un hijo de perra!

Henry Crown.— (*Ríe pícaro.*) Era la única manera de triunfar.

Guadalupe.— ¡Henry Crown, está pensando! A ver, ¿qué edad tiene?

Henry Crown.— (*Bromista.*) Veinte años y soy un tonto.

Guadalupe.— Nunca lo fue.

Henry Crown.— Un lunático.

Guadalupe.— (*En pregunta profesional.*) Los lunes, lunático ¿y qué era los martes? (*El anciano duda.*) Marte, el dios de la guerra.

Henry Crown.— Soldado.

Guadalupe.— ¿Y los miércoles, el día del dios Mercurio del comercio?

Henry Crown.— Empresario.

Guadalupe.— ¿Y los jueves, el día de Zeus?

Henry Crown.— Rey.

Guadalupe.— ¿Y los viernes de Venus?

Henry Crown.— *Sexy*.

Guadalupe.— ¿Y los sábados?

Henry Crown.— Siempre respeté el *Sabath*.

Guadalupe.— ¿Y el domingo?

Henry Crown.— (*Duda, juguetón.*) Los domingos prefería adorar al dios sol en la playa.

Guadalupe.— ¡Henry Crown, está filosofando!

Henry Crown.— (*Orgullosa, como niño aplicado.*) Nunca dejé de pensar, no decía nada porque no había alguien adecuado que escuchara mis pensamientos, y luego decidí no cavilar porque ¡repasar era mi martirio!

Guadalupe.— (*Interesada.*) ¿Por qué?

Henry Crown.— Entre más rico me hacía, me iba sintiendo menos.

Guadalupe.— ¿Por qué?, si era amado de todos.

Henry Crown.— (*Niega.*) Las adulaciones me recordaban a mi padre... Primero murió que darme un halago.

Guadalupe.— ¡Pero tuvo padre!

Henry Crown.— ¡Eso fue lo más triste!... Tener padre y no poder ser su amigo.

Guadalupe.— Usted fue el más exitoso de todos.

Henry Crown.— Pero nunca supe mover corazones, ni siquiera los de mis hijos... (*Su mirada se pierde entre los recuerdos tristes.*)

Guadalupe.— Para mí, usted es el símbolo del Sueño Americano.

Henry Crown.— Tú lo soñaste, no yo.

Guadalupe.— Pero su padre lo soñó, también.

Henry Crown.— Como inmigrante que fue.

Guadalupe.— Así como yo.

Henry Crown.— Tú eres una mujer esforzada pero te vas a diluir entre nosotros hasta que desaparezcas.

Guadalupe.— No lo creo.

Henry Crown.— Te vamos a cortar primero las alas y luego la sonrisa, y cuando te sientas infeliz no habrá dinero que te consuele... aunque tengas caudales en el banco.

Guadalupe.— Pero si pensaba así, ¿para qué acumuló tanto dinero?

Henry Crown.— Era lo único que sabía hacer.

Guadalupe.— Usted dejó de lado a los demás.

Henry Crown.— Pensaba que no valían la pena, eso me lo enseñó este país y lo aprendí demasiado bien.

Guadalupe.— No concibo que usted no fuera feliz.

Henry Crown.— Así feliz como eres tú, nunca logré serlo.

Guadalupe.— Usted tuvo miles de obreros y empleados, ¿pensaba en la felicidad de ellos?

Henry Crown.— Solamente los pobres se preocupan de los pobres.

Guadalupe.— (*Sonríe feliz.*) ¡Porque no tenemos nada!

Henry Crown.— Lo que gané sólo me dio sed de tener más... Nunca paré, hasta que mi vigor se acabó, y pensé, “No puedo enfermarme yo, que soy rico”

Guadalupe.— Creo que ya fue mucho por este día. La luz ha vuelto a brillar en su cabeza, pero también algunas sombras. ¡A dormir! Mañana seguiremos buscando los buenos recuerdos. (*El anciano accede a acostarse. La enfermera continúa en susurro, como contando un cuento infantil.*) Cuando nos vamos a dormir todos regresamos a ser niños... Hay que olvidar que es el Sr. Crown para volver a ser Henry, el niño, y pensar que se está durmiendo en su cama infantil rodeado de sus hermanos... Mientras se duerme le voy a contar un cuento... “Esta es la historia de una niña que se perdió en una gran ciudad... estaba sola porque la migra había atrapado a sus padres... Una señora mexicana le dio cobijo a la niña porque nunca más supo de ellos... A ratos pensaba que los habían repatriado y que sus padres la habían olvidado, y otras veces lloraba porque los pensaba muertos... La señora le decía cada noche: “Duérmete, no temas, que tu papá pronto vendrá por ti”. Pero su papá nunca regresó... Cuando creció estudió con gran esfuerzo y llegó a ser enfermera, pero no cualquier enfermera, sino enfermera geriátrica para cuidar viejitos... viejitos que se iban convirtiendo en niños... aunque hubiera preferido cuidar a sus padres cuando fueran viejos... Colorín colorado, este cuento se ha acabado...” Ya se durmió...

Oscuro paulatino hasta negro total. Pausa.

Escena Tercera

Cuando la luz regresa con intensidad, el público constata que Henry Crown ha muerto. Su posición lo señala: el cadáver cuelga fuera de la cama y la almohada está caída. Guadalupe ha desaparecido. Entre Emma, cotidiana.

Emma.— ¿Cereal o hotcakes? (*Al ver al muerto, da un grito y cae de rodillas.*) ¡Hoy no se muera, espere hasta mañana, no estoy lista para verlo morir! Vi morir a dos maridos y a un hijo, pero no a usted. ¡Desayune conmigo una vez más y deje que renuncie y me vaya, pero no se muera! No debe morir como cualquier estadounidense, fue el magnate más admirado

en este país. ¡No puede morir así! Ellas deberían haberlo encontrado, para eso están, no era mi obligación! (*Recapacitando.*) Lo mejor es la huída, y cuando escuche un grito, regresaré. ¡Adiós, Henry Crown, nunca volveré a ser cocinera!

Sigilosa, Emma hace mutis por la izquierda. La luz cenital se centra en el cuerpo inmóvil de Henry Crown por unos instantes. Entra Guadalupe, mira el cadáver y da unos pasos hacia atrás y grita.

Guadalupe.— ¡No me haga esto cuando estaba tan bien! Mi triunfo hubiera sido volverle a la salud plena, y ya estabas cerca. ¡Ahora abandonó todo para siempre!

Entra Emma. Guarda su dolor y finge serenidad.

Emma.— ¡De nada sirvió todo lo que hizo!

Guadalupe.— ¡Sirvió para mí, aunque todo lo que hice por él! Fue como tus postres, nunca los probó, pero lo importante es que usted los hacía para él. Igual las caminatas y mis baños y mis masajes. (*En control de sí misma.*) Tenemos que avisar. Como siempre, tú a la Sra. Ruth y yo a la Sra. Penélope.

Emma.— Y vendrán ellas y vendrán los hijos, y tú y yo seremos desempleadas. Algo nos darán, además de ropa vieja, ¿no crees? ¿A quién le daré la ropa si ya no tengo ni marido ni hijos?

Guadalupe.— Cuando un rico se muere, siempre hay alguien que se coma todo lo que tenía, todo a excepción del cadáver, eso lo dejan para los gusanos. ¡Ni modo! ¡Al fin ya iba a renunciar!

Emma.— ¡Mentira! Usted nunca hubiera renunciado. Es igual que él, invencible. ¡Y mírelo ahora, totalmente vencido!

Guadalupe.— ¡Habla con tu señora y yo a la mía, porque tenemos que darle a este drama un punto final!

Oscuro instantáneo.

Escena Cuarta

Se escucha una música fúnebre. Llantos y susurros que todo sepelio orchestra. La luz regresa sorprendentemente. En el centro de la escena está un catafalco rodeado de ostentosos floreros. En el lugar donde estaban la cama, se ubica la caja funeraria abierta que deja ver el cadáver maquillado de Henry Crown envuelto en un blanco sudario. Emma y Guadalupe no se ven en escena. Inusitadamente, el cadáver vuelve a la vida, se sienta y dice con naturalidad el siguiente parlamento:

Henry Crown.— Ford en los treinta... Chevrolet en los cincuenta... Dodge en los sesenta... Ford Mustang en los ochenta... un auto del deshuesadero y un carrito *homeless*... Todos fueron mi transporte y me condujeron a este cajón. Esto de las quijadas selladas con espadrapo es insoportable. (*Se las arranca.*) El sudario me queda tan sujeto que no puedo respirar. La tradición judía obliga a usarlo, pero los muertos se ven mejor de traje. Pude haber usado el hermoso de mi última boda, si todavía existe. En el oficio, seguramente cantará el coro de niños de color que apoyé y oficiarán los rabinos de las sinagogas que construí. Me enterrarán en la fosa de la familia. Arriba de mi padre, quien a su vez está arriba de su padre. No sé qué harán mis hijos, sólo quedará un espacio. (*Mira al público.*) La muerte es teatro y seguramente estoy ahora en una casa funeraria. No llego a distinguir a nadie, ni a mis hijos, ni a mis socios, ni a ningún político, ni siquiera a mis enemigos. De seguro que todos estarán allí pero no los percibo. Ahora sólo distingo a Emma y a la enfermera hispana.

Una luz cenital ilumina dos sillas cercanas al público que miran al catafalco; en ellas, Emma y Guadalupe están sentadas, ambas visten ropa de calle que intenta ser elegante. A más distancia Ruth y Penélope, están también sentadas en sillas. El público intuye que ellos son los ocupantes de las múltiples sillas de la casa funeraria.

Henry Crown.— A mis hijos, les dejaré la mitad de mis bienes. A mis nueras, la cuarta parte, cuando se divorcien. A mis enemigos, el mercado financiero. Y a mi patria, mayor paz y sin las impertinencias de un millonario tan astuto como yo. ¡No es que esté muerto, simplemente ya no respiro ni pago *taxes*!

Ahora distingo a mis dos nueras. (*Hace un gesto de fastidio.*) ¿Y mis hijos, por qué no los veo? Aquí deben estar, aunque en varios años no los vi. ¿Será que he olvidado todo y sólo recuerdo a los que vi antes de morir? Ellas y las dos sirvientas. ¿Y mis nietos? No recuerdo cuántos nietos tengo. (*Piensa.*) Me casé tres veces, no, digo mal, dos veces, la primera con una *socialité* y la segunda con una mujer joven y moderna. ¿O las confundo con mis nueras? Ya no lo sé. Dejé tres viudas... ¡no, ellas se murieron antes que yo! Me enamoré de la primera cuando joven... de una chica sencilla, pero no recuerdo que me haya casado con ella. Cuando me di cuenta que me iba haciendo rico, la abandoné. Si tuvo el hijo aquél, nunca lo supe. (*Abre los ojos como si viera imágenes.*) ¿Estoy viendo la película de mi vida? Mi infancia en cine mudo, negro y blanco... mi juventud con cine hablado y a colores... mi madurez en televisión... ¡Mejor que me morí porque no me gustaría ver mi muerte por Internet!

(*Henry Crown fija la mirada en Emma.*) Emma ¡Emma! (*Ella no puede escucharlo.*) ¡Se puede uno morir y no vienes! (*Luego posa la mirada en Guadalupe.*) ¡Enfermera! ¡Lupe! Se puede uno morir y no acuden.

Con agilidad el Millonario se sienta en la caja mortuoria como si fuera una cama y cuelga sus piernas y las campaneas. De nuevo mira a Emma.

¡Emma, fuiste el único amor que me duró toda la vida! A ti nada te dejé porque me olvidé de ti las dos veces que hice testamento.

(*A Guadalupe.*) ¡Lupe, fuiste la única que creyó en mi recuperación! ¡Ni los médicos! A ti nada te dejé, porque cuando te conocí ya nada tenía, ni siquiera mi firma.

¡Ustedes fueron las dos últimas mujeres de mi vida!

El Millonario se incorpora y se aproxima un poco hacia donde se perfila la silueta de Ruth.

Allá veo a Ruth, es más ambiciosa que mi hijo. Un segundo matrimonio de los dos. Yo le había arreglado el primer matrimonio a Lester y fue un fracaso porque la hija de mi socio se enredaba con las hijas de otros socios. ¡Una porquería! Ruth fue diferente, era como yo, nunca se daba a querer por nadie.

Luego, Henry Crown se aproxima a Penélope.

Allá distingo a Penélope, la primera y única esposa de mi hijo. Eso de enviar a John a Harvard fue un error, no aprendió nada y volvió casado. Que ella haga versos, no me interesa. Mala no fue, pero con sólo la bondad, nada se puede construir.

(Busca más público, mira a la sala y no percibe a nadie.) ¿Y nadie más? Yo esperaba que cientos asistieran a mi funeral, pero ya nadie me recuerda, solamente estas cuatro mujeres...

Emma se pone de pie.

Emma.— En mi barrio se cantaba *blues* cuando alguien moría. ¡Aunque me callen, yo lo cantaré! *(Canta con hermosa voz.)*

Después de unos instantes, Guadalupe se incorpora y dice su parlamento. Emma continúa cantando pero a sotto voce.

Guadalupe.— En mi pueblo cuando alguien muere, se reza el Rosario. *(Se arrodilla.)* Primer Misterio doloroso: “La agonía de Jesús en el huerto”, Padre Nuestro, Ave María ... *(Y continúa con la oración.)* Segundo Misterio Doloroso: “La Flagelación del Señor”, Padre nuestro, Ave María. Tercer Misterio Doloroso: “La Coronación de espinas”, Padre nuestro, Ave María... Cuarto Misterio Doloroso: “Jesús con la Cruz auestas”, Padre nuestro, Ave María. Quinto Misterio Doloroso: “La Crucifixión y Muerte de Nuestro Señor”, Padre nuestro, Ave María. Qué descanse en paz. Así sea....

Penélope.— *(En algún momento de la oración de Guadalupe, Penélope se pone de pie y su voz es sumada a la de las dos mujeres, quienes continúan su plegaria a sotto voce.)* Escribí un poema *In Memoriam* de mi suegro. Lo leeré a pesar de que mi marido no quiso hacerlo: “Verte morir, Henry Crown, fue vivir un mal día... La voz de tu silencio me ha perseguido, he escuchado tu plegaria muda: ‘Lo que veo y oigo son los pendones de la tristeza; pensar en mis hijos me aflige, la consideración del encierro me angustia, todo lo que tuve me fue quitado. Todo lo que veo y oigo lucha contra mí. ¿Quién será mi protección? ¿A dónde podré ir? En tí, Señor, esperaré y no seré confundido, por tu justicia, líbrame. No me despidas ahora que soy viejo, no te alejes cuando mis fuerzas me abandonan. Sólo fui un

inmigrante en esta tierra, puesto que mis enemigos vociferan en mi contra y hacen planes los que esperan mi muerte...”

Ruth.— *(A la mitad del poema, se incorpora Ruth con decisión. Su voz es la más audible; las otras mujeres continúan su plegaria.)* En el día del oficio, mi familia acostumbra pasar al frente y decir lo que piensa del muerto. *(Se adelanta.)* ¡Henry Crown fuiste un hijo de perra! Enterraste a dos esposas, quienes mejor que la muerte, merecían la huída. También hoy enterraste a tus dos hijos, pero en oro. . No sepultaste a tu padre porque se hundió en el Titanic, aunque cobraste un cuantioso seguro; ni diste sepultura a tu madre porque te largaste antes. No contrabandeaste con licores como tu padre porque la Ley ya lo permitía. Nada hiciste de gratis. Conveniente fue que te alistaras en la guerra mundial, no para ganarla sino para hacerte rico. Corea y Vietnam fueron tu mercado. Y cuando comenzaste a hacer malos negocios, tus hijos te declararon incompetente y te encerraron en un apartamento blindado bajo el cuidado de una negra y de un desfile de enfermeras. ¡Y cuando por fin logramos callarte, te moriste! ¿Para qué, si todos habíamos aceptado que el único orden era el que imponías?

41

Después de un instante de silencio, las cuatro mujeres de pie continúan al unísono con la siguiente letanía. Una inicia y las otras corean, acaso también el público.

Como empresario, fue exitoso... Perdónalo, Señor.

Como padre, olvidadizo... Perdónalo, Señor.

Como marido, desastroso... Perdónalo, Señor.

Como ciudadano, ventajoso... Perdónalo, Señor.

No fue avaro sino desprendido... Perdónalo, Señor.

No fue disoluto, sino compartido... Perdónalo, Señor.

No fue envidioso, sino comedido... Perdónalo, Señor.

No fue arrogante, sino presumido... Perdónalo, Señor.

Perdónanos, Señor.

Henry Crown.— *(Con un amplio ademán de mano abierta interrumpe el ritual.)* ¡Basta! *(Las cuatro mujeres caen de rodillas simultáneamente. El muerto se incorpora y con pasos agilísimos deambula.)* ¡Fui todo lo que podía ser porque cada año fui más! Creía en Dios, pero más que eso, lo importante era que Él creía en mí, premiaba de verde mis esfuerzos. La muerte es para mí como un elevador que me lleva al piso último del *Empire States* del cielo. América fue mi país y mis éxitos hicieron brillar más sus estrellas y engordar algunas de sus barras... ¡Nunca pensé en morirme! Adiós a mis hijos y a los pocos amigos que tuve... Adiós también a mis enemigos porque algo les debo de lo mucho que fui! ¡Aquí, en este paraíso, no anulamos a la muerte, pero al menos conseguimos maquillarla con la mercadotecnia adecuada!

Henry Crown regresa a su caja mortuoria y se sienta, levanta una mano y dice “Adiós” por última vez a la concurrencia. Se recuesta y cruza las manos para quedar eternamente inmóvil. Las cuatro mujeres se incorporan y quedan inmóviles en la mitad de un movimiento. Oscuro paulatino en todo el escenario.

42

Escena última

Una luz cenital ilumina a Guadalupe, quien viste la ropa de calle del inicio de la obra. Han pasado varios meses. Plena de nostalgia, dirige su parlamento al público.

Guadalupe.— Al día siguiente de la muerte de Henry Crown me presenté a la agencia de enfermeras y me enteré que me habían despedido por interferir en asuntos familiares... Pasados unos meses, me topé con Emma, quien me contó que había quedado inconforme por el poco dinero que le dieron; la Sra. Ruth se había divorciado, con la pésima suerte porque su ex marido murió días después del divorcio; Penélope seguía solitaria con el marido triunfando... Aquellos que eran ricos, siguieron siendo ricos, y los que éramos pobres, poco progresamos... Estados Unidos enseña a ser libres, pero nunca a ser compadres, ni menos hermanos. *(Mira el vacío que dejó el lecho.)* ¡Henry Crown, contigo aprendí que no es feliz quien mucho tiene... sino aquél que codicia menos! Pero el sueño americano propone hacerse rico siguiendo tus pasos como si tú fueras el abuelo universal... ¡Yo renuncio a ser

tu nieta y, por eso abandoné todo y regresé a perseguir en mi patria el sueño mexicano!...
¡Hasta nunca, Henry Crown!¹

Guadalupe agita sus brazos al vacío en señal de doble despedida. Oscuro paulatino. Fin de la obra.

¹ La presente obra fue inspirada en los últimos días del empresario estadounidense Henry Crown. En la producción podrá hacerse uso de imágenes del video sobre este magnate producido por el *Aspen Institute*.: <http://www.aspeninstitute.org/leadership-programs/henry-crown-fellowship-program/about-program/legacy-henry-crown>